

EL JEFE DEL ESTADO DOCTOR "HONORIS CAUSA" DE COIMBRA

EL viaje reciente de Su Excelencia el Generalísimo Franco por tierras de Portugal ha sido pródigo en motivos de comentario y de fervor. La amistad luso-española, uno de los hechos más trascendentales de la moderna historia del mundo, tuvo ocasión de mostrarse expresivamente. En la cadena de jornadas triunfales vividas por el Jefe del Estado español en Portugal hay una que, en el ámbito de la cultura y del espíritu, tiene una poderosa trascendencia: la del nombramiento de doctor «honoris causa» por la Universidad de Coimbra a favor de Franco. Tuvo aquel acto una solemne emoción, una línea hidalga y tradicional de la mejor estirpe. Toda la vieja magnificencia de los antiguos ritos universitarios reflorecía en honor del Caudillo. Era, en nuestra vida apresurada y mecanizada de hoy, un latido de otro tiempo, un hecho de la más profunda significación espiritual.

Guarda Coimbra amorosamente sus gloriosas esencias universitarias. Lo que en otros países y en otras Universidades se ha perdido ya, bajo el impulso nivelador de la existencia contemporánea, allí se conserva con su noble prestancia antigua. El recuerdo

de los nombres insignes que un día unieron su vida a la de la Universidad se mantiene fervorosamente en aquellas aulas. Ahora, con ocasión de la visita del Generalísimo español, el viejo centro, depositario de la mejor tradición cultural portuguesa, ha puesto su máximo amor en la ceremonia y en la trascendencia del acto de recepción de nuestro Caudillo. Era una corporación del espíritu recibiendo a un hombre de armas. La vieja hermandad de las armas y las letras afirmaba su eterna presencia. Esta vez era, especialmente el Derecho el que hacía unir su voz junto a todo lo que evocaba la figura de uno de los mejores soldados de todos los tiempos. Daba esto una excepcional significación al hecho de que el Jefe del Estado español recibiese en Coimbra la investidura de doctor «honoris causa». En aquella ciudad el Derecho tuvo siempre jerarquía de culto. Y eran ahora hombres de Derecho, existencias entregadas afanosamente a las tareas del espíritu, quienes llamaban junto a sí a Franco. Sobre la belleza y la gracia de la ceremonia, sobre todo el esplendor ritual de una tradición mantenida amorosamente, brillaba el valor simbólico del homenaje que unos hombres de Derecho hacían a un hombre de armas.

*«Consagración académica de su genio
de militar y de estadista».*

Uno de los más ilustres catedráticos de la Universidad coimbricense, el doctor don Guillermo Braga da Cruz, hizo el panegírico del Jefe del Estado español. «Esta ceremonia —dijo en el comienzo de su discurso— es, sin duda, la más rica en simbolismo de cuantas se han realizado a lo largo de siglos dentro de las paredes históricas de esta sala, y la más significativa, en su sencillez, de cuantos homenajes Portugal podía prestar en este momento a su ilustre visitante; la más rica de simbolismo, porque con ella se representa la dignificación de un hombre que mereció por su vida y por su obra la corona de laurel de la Ciencia, y, más que esto, representa también la exaltación de la cultura de un pueblo por

la entrega de la borla doctoral al más auténtico y más ilustre de sus representantes.»

Reiteró expresivamente el sabio profesor portugués el sentido del homenaje de Coimbra a la figura del Jefe del Estado español. Dijo que era «el más significativo como homenaje personal en la medida que representa, por encima de todas las consideraciones de orden político, la consagración académica de su genio de militar y de estadista, el supremo reconocimiento de sus méritos y virtudes y el premio más expresivo de una vida ofrecida enteramente al ideal de la paz y la justicia».

Como era natural, Coimbra, a través de sus prestigiosos representantes en el acto de la investidura, vió en Franco simbolizado el espíritu de España. El hecho hispanoportugués tiene ya una fuerte dimensión histórica. «En este nuevo lazo —fueron también palabras del doctor Braga da Cruz— de fraternidad espiritual que así se establece entre la Universidad portuguesa y el Jefe de la nación hermana va implícita la afirmación plena de que la amistad lusoespañola es algo más puro, más alto, más profundamente enraizado que un simple arreglo de Cancillería, dictado por consideraciones de oportunismo histórico; va la afirmación plena de que la amistad peninsular se sitúa íntegramente en el campo del espíritu, siendo una comunión de ideales y sentimientos y de creencia dictada por el paralelismo de civilización y cultura de los dos pueblos y por identidad de sus destinos históricos.»

El sentido del deber en la vida de Franco.

El magnífico arco de la vida de Franco fué descrito sintética y apasionadamente por el profesor portugués, que supo ver en todas las horas de la existencia del Caudillo el cumplimiento de un destino providencial. «Los designios de un destino que parece haber sido providencialmente trazado elevaron a este hombre, con poco más de cuarenta años, a Generalísimo de un Ejército y a Jefe de una gran nación. Y ¿cómo fué que el hombre encaró los designios del Destino? Colocando siempre en la vida, y por enci-

ma de todo, su brío de militar; es decir, encarando la propia vida con el cumplimiento permanente de un deber y respondiendo siempre «Presente», sin ambiciones pero sin miedo, a cada llamamiento que la vida le dirigió.»

Este sentido riguroso del deber fué subrayado repetida y expresivamente por el doctor Braga da Cruz. «En todos los momentos decisivos de su carrera, desde simple cadete a Jefe de Estado, Franco es siempre el militar brioso que de la vida nada pide ni ambiciona, pero que nunca se niega a dar a la vida todo lo que ella le exige, por grandes que sean los sacrificios y las responsabilidades que le reporten y pesen sobre sus hombros. Encarando militarmente la vida como el cumplimiento de un deber, Franco desprecia siempre las dignidades del mundo, y cuando el mundo se las concede, como premio a su valor y a sus hazañas heroicas, nunca las recibe con el orgullo del triunfador, sino únicamente con el pensamiento de corresponder en la mejor forma a los nuevos deberes, a los nuevos encargos, a las nuevas responsabilidades que le trae cada peldaño que la vida le manda subir en la escala del triunfo.»

La espada al servicio de la Justicia.

Franco combatió por la Ley escarnecida, por la fe ofendida, por la civilización en trance de pérdida. No existía el Derecho cuando la espada de Franco inició el rescate de la Patria. Los españoles sabemos bien lo que fueron las jornadas precursoras del Alzamiento Nacional. Sólo el triunfo de éste trajo el restablecimiento de una justicia tantas veces quebrantada. Luchó Franco no por apetitos de conquista ni por codicias materiales, sino por principios de orden moral y espiritual. Al combatir por España, combatía también por causas que eran del mundo entero. No luchó para sojuzgar a otros pueblos, para ensanchar fronteras, para acumular bienes. Luchó para restablecer una paz maltratada y ofendida gravemente, para volver la vida española a su norma de serenidad y de justicia. Este sentido de la Cruzada de Franco fué

especial y rotundamente subrayado por el catedrático portugués al solicitar del claustro de Coimbra, en momentos de un solemne silencio, el otorgamiento del grado de doctor «honoris causa». «Francisco Franco Bahamonde —dijo—, Generalísimo y Jefe del Estado español, se presenta para serle concedido el grado de Doctor en Ciencias jurídicas. Es justo que no le sea negado, pues él es el ilustre militar cuya espada nunca fué erguida sino al servicio de la Justicia; que nunca hizo la guerra sino al servicio de la paz; que nunca utilizó la fuerza de sus ejércitos sino al servicio del Derecho. Os pido, en nombre de mi Facultad, que me delegó tan honroso encargo, que le entreguéis las insignias que tan sobradamente ha demostrado merecer.»

*«Franco, extremo defensor de una
civilización que es la razón de ser
de nuestra existencia».*

Padrino de nuestro Generalísimo fué en la ceremonia el Cardenal Patriarca de Lisboa, doctor Gonçalves Cerejeira. El panegírico de éste fué hecho, conforme a la tradición universitaria, por el también catedrático de Derecho don Eduardo Henriques Correia da Silva.

Más tarde, acabada la ceremonia, se celebró el banquete del doctoramiento, ofrecido a Su Excelencia por el Rector de la Universidad, doctor don Maximiliano Correia. «En la larga serie de doctores —dijo— que dieron vida y alma a nuestra Universidad ingresa ahora el Generalísimo por derecho propio, extremo defensor de una civilización que es la razón de ser de nuestra existencia.»

Fué, después, la voz del Caudillo español la que, al agradecer la hermosa distinción de que se le hacía objeto, glosaba conceptos jurídicos lógicamente derivados del trascendental acto que se celebraba. «No es posible —afirmó Franco— que miremos impasibles el que el Derecho creado por nuestros teólogos y nuestros juristas en la paz de la Universidad y en la meditación de los claustros,

asentado sobre los principios de la verdadera filosofía, lo veamos hoy mancillado, maltrecho, y aun escarnecido, presidir las relaciones entre los pueblos. Cuando al empuje del pensamiento cristiano, hace más de un siglo, se abolieron totalmente la esclavitud, las penas corporales, las crueles y afflictivas, y la infamia y el estigma para las familias o para los pueblos en las sociedades civilizadas, nadie podía pensar que en los tiempos actuales las viésemos establecidas en el área comunista como arma normal para el sojuzgamiento de los pueblos. Hay que volver por los fueros del Derecho de gentes, conculcado; del Derecho internacional, escarnecido; que salga de las Universidades la condenación moral de cuantos lo mancillan, y, ante los nuevos medios de aniquilar seres inocentes, se unan las voces de la Iglesia y de la Universidad en un mismo espíritu de humanizar la guerra y de limitar sus estragos.»

Franco, incorporado, «honoris causa», al claustro insigne de los doctores por la Universidad de Coimbra, es un símbolo de la más bella trascendencia espiritual: es la espada al servicio de la razón, el denuedo y la vida en defensa de una justicia humana y cristiana. El espíritu y el derecho, esencias fundamentales y tradicionales de nuestro occidental concepto de la vida, necesitan ser defendidos a veces con riesgo y sacrificio. Esto fué lo que Franco hizo. Así lo ha proclamado ahora, gallardamente, esta Universidad lusitana, uno de los focos intelectuales que alumbran al pensamiento del mundo con más serena, antigua y noble luz.

